

Una vez —hace ya algunos años— nos ocupamos (con motivo de una edición mimeografiada que hizo el autor), de la novela LA ISLA DE LOS HOMBRES SOLOS, de José León Sánchez.

Ahora la tenemos por fin en forma de libro, con una atractiva portada de Francisco Alvarado, y por lo que sabemos, está siendo un verdadero éxito de librería.

Sin embargo, una relectura de esta obra, nos convence de que es manifiestamente inferior a los dos libros de cuentos (La Cattleya Negra y Cuando Canta el Caracol) que José León publicó el año pasado, y que le valieron mercedemente el Premio Aquileo J. Echeverría en la rama de cuento.

No es que José León Sánchez sea intrínsecamente más cuentista que novelista. Es que se desenvuelve mejor con relatos cortos, porque muchas veces no lo gra sostener los personajes y se pierde en divagaciones desordenadas cuando el relato se le prolonga. Así, lo mejor que novelísticamente tiene "La Isla de los Hombres Solos", son los breves relatos individualizados que contiene.

Este libro aspira a ser una novela y un documento. Comienza como novela (y este arranque es, novelísticamente, lo mejor que tiene), y luego se convierte en puro documento, interrumpido por relatos ocasionales de varía da calidad, pero algunos muy buenos.

A pesar de que sospechamos que lo que está interesando a los lectores es el documento y no la novela, es a nuestro juicio como documento que el libro fracasa. 4

El documento versa sobre la horrible verdad de la vida en el Presidio de San Lucas, hasta hace algunos años. El autor se encarga de hacernos saber que la situación que describe no es la de ahora. San Lucas es hoy otra cosa, aunque la Penitenciaría sigue siendo algo quizás peor que el San Lucas que en el libro se nos describe.

El documento no tiene, así, un afán correctivo, puesto que ya el mal se corrigió. Tiene entonces un valor histórico.

Pero aquí lo pierde la ambigüedad: José León Sánchez nos está hablando de un viejo San Lucas que le contaron, y no del que él vivió. Y esta visión está desfigurada por la memoria de los informantes, y se resiente de imprecisión.

No hay imprecisión, claro está, en cuanto a los detalles horripilantes que nos cuenta, sino en cuanto a su ubicación. El documento no tiene sentido del tiempo.

En los inicios de la novela, se nos sitúa la acción en una época en que, a una revolución triunfante, siguió un gobierno constitucional (el que confirmó en su puesto al villano don Miguel). Como en el libro se habla luego de la revolución del 48 como un hecho posterior, tenemos que convenir en que la acción comienza en 1920, y que la revolución de que nos habla, es la que derrocó a Tinoco.

Las atrocidades, no queda claro, en ningún momento queda claro, si comenzaron a desaparecer en 1948, o años después. En algún momento pareciera que lo primero; páginas más tarde, que lo segundo.

En el aspecto documental, el autor insiste en datos evidentemente falsos: habla de sentencias penales que condenaban a usar cadenas o grillos; menciona directores del penal con uniformes "llenos de medallas"; generales que dirigieron el presidio; presos que recorren encadenados los caminos; prostitutas limonenses que llegaron a "primeras damas"; funcionarios del presidio que sólo llegaron allí en virtud del servicio militar obligatorio.

Es obvio que ninguna de estas cosas existió en Costa Rica entre 1920 y 1948.

Exagera también —hasta convertirlo en una opereta— cierto incidente de rebelión de que fue protagonista un comandante de San Lucas en el tercer gobierno de don Ricardo Jiménez.

Ahora bien, estas exageraciones no ocurren en la parte novelística sino en la parte documental del libro, y por eso lo debilitan enormemente.

Hay que admitir que esta segunda "La Isla de los Hombres Solos", representa una edición concienzuda del texto originalmente mimeografiado. Es más ágil, de ritmo más rápido, menos frondosa, menos prolija. Pero este trabajo de revisión, con ser considerable, no es aún suficiente.

Antes de dar a la luz sus dos tomos de cuentos, nos consta la enorme revisión estilística de que José León los hizo objeto. No se hizo el mismo trabajo con la presente novela. La prosa es desleída y desaliñada, y contiene incorrecciones demasiado abundantes para ser tolerables. Frases en que el número cambia de sujeto a verbo, o el género varía del sustantivo al adjetivo, y otros gazapos similares y fácilmente subsanables con un trabajo de revisión a fondo.

Pero a pesar de esto, la habilidad y garra narrativas de José León Sánchez siguen incólumes. Y cuando dentro del todavía frondoso libro se dispone a contarnos una historia, nos suspende nuevamente el ánimo y no nos deja en paz hasta terminarla.